

del Señor y observarán maravillas: vengan al pequeño santuario de la Paloma, y al ver tantos recuerdos de milagros obrados por Dios por la mediacion de su Madre, póstrense ante aquel humilde altar, oren con fe, eleven una súplica al cielo y experimentarán en el momento el mayor de los milagros, que será el milagro de su conversion. Despues encontrarán dulzuras superiores á todas las que pueda ofrecerles el mundo con sus encantos y atractivos, porque las dulzuras de la Religion, son á todas superiores. En María que es nuestra Madre, en María que nos ama, en Maria á quien tanto poder de intercesion le ha sido concedido encontramos siempre el bálsamo saludable que cura las heridas del corazon, que mitiga todas nuestras aficciones, y que nos hace llevaderos todos los trabajos á que tenemos que sujetarnos en este valle de lágrimas y de miserias en el que somos viadores. ¡Ojalá nos hagamos acreedores á experimentar siempre sus favores y la tengamos á nuestro lado en la hora terrible de nuestra muerte! Entonces habremos asegurado nuestra salvacion.

NUESTRA SEÑORA DEL MILAGRO,

EN MADRID.

En el convento de señoras Descalzas reales de Madrid, antiguo palacio de Doña Juana de Austria, hija del célebre emperador Cárlos V que le convirtió en Monasterio, existe el cuadro de Nuestra Señora del *Milagro*, ante el cual arden continuamente multitud de libras de cera, debidas unas á la devocion de nuestra actual y escelsa soberana Doña Isabel II, y las demas á la piedad de los hijos de Madrid que tienen en mucha estima y veneracion esta bella Imágen, cuyo nombre revela los prodigios que ha hecho en todo tiempo á favor de sus devotos.

Bien quisiéramos dar cuenta de su origen, pero se ha perdido en la oscuridad de los tiempos. Sin embargo lo que consta acerca de esta Imágen es bastante para satisfacer los justos deseos y piadosa curiosidad de los fieles. El primero que tuvo la dicha de poseerla fué un ermitaño que habiendo ido á Roma á visitar sus templos la trajo de allí, sin haber dicho nunca quien se la habia dado ó por que medios la habia adquirido. Créese que fué el año santo de 1525 cuando el ermitaño la trajo de Roma. Este piadoso varon que alejado voluntariamente de la sociedad y sus encantos, practicaba una vida de penitencia y mortificacion en la contemplacion de las cosas del cielo, teniendo una vida escondida

en Dios por amor á Jesucristo, fijó su residencia en Valencia, luego que habia satisfecho sus deseos de ganar en la capital del mundo cristiano las indulgencias del año santo. Deseoso de tener el menor trato posible con las gentes y de dedicar la mayor parte del tiempo posible al santo ejercicio de la oracion, escogió para vivir una ermita á poca distancia de la ciudad, donde con las limosnas que recogia de los fieles atendia á iluminar la Imágen de la Santísima Virgen á la que hizo un devoto altar, y tambien á su propio sustento que consistia en una frugal comida, pues su ayuno era tan continuo como riguroso.

Los valencianos que admiraban las virtudes del ermitaño, acudian con frecuencia á visitarle y rezaban á la Madre del Redentor en su humilde altar. Particulares beneficios que recibieron de la Señora algunos devotos fué causa de que se propagase la devocion de aquella Imágen que se veia continuamente rodeada de fieles que impetraban su proteccion y amparo.

Recibió esta Señora el título del *Milagro* por un hecho portentoso del que vamos á ocuparnos y que nos refiere el Doctor D. Juan de las Hebas en la historia que escribió de esta Santa Imágen.

Vivia en Valencia un caballero que habiendo olvidado por completo los principios religiosos que le inculcaran sus padres, pasaba una vida criminal y desenvuelta. Al tiempo mismo que jamás pisaba los templos, concurría con frecuencia á casas donde la maldad tenia su asiento: para él el vicio era un heroismo, y la virtud un resto de los tiempos del oscurantismo, propia cuando mas de almas tímidas ó miserables. Poseedor de cuantiosos bienes de fortuna para satisfacer sus impuros deseos, daba rienda suelta á los caprichos de su corazon y á las veleidades de su fantasía. La

gracia se insinuaba á su corazon pero él ahogaba los gritos de conciencia en las encrespadas olas de su vanidad mundana. Una enfermedad terrible vino á postrarle en el lecho del dolor: la ciencia humana se encontró impotente porque el reloj de la eternidad estaba próximo á señalar el momento de su salida del mundo. El caballero conoció su estado y se convenció que para él no habia remedio en lo humano. Entonces se presentaron ante sus ojos y en toda su deformidad sus pasados extravíos, conociendo cuán grandes habian sido sus pecados. Empero justamente el momento de su reconocimiento fué en el que cayó en el mayor de los pecados, cual es la desconfianza de la misericordia divina. Grandes eran en verdad sus crímenes, pero Jesucristo que por todos vertió su divina sangre, tan solo desea la conversion y no la muerte del pecador. Aquel infeliz no creia poder alcanzar el perdon y en su loca desconfianza se hubiera condenado, si la Madre de la misericordia no hubiera intercedido en su favor.

Los parientes del enfermo lloraban amargamente al ver el triste y lamentable estado de su alma, y como el piadoso ermitaño del que hemos hablado gozaba una gran reputacion de santidad, acudieron á él suplicándole que pues era tan devoto de la Santísima Virgen María, cuya Imágen cuidaba con tanto esmero, le suplicase se compadeciese de aquella alma y le alcanzase la gracia de la conversion, haciéndole grandes instancias y rogándole tuviese presente lo espuesto que estaba á morir en la impenitencia final, que es la máxima entre todas las desgracias.

Guiado por el espíritu de caridad que siempre impulsa á las almas justas, el ermitaño se postró en la presencia de la Santa Imágen é interesado vivamente por la suerte futura de aquel hombre, vertiendo lágrimas de dolor, suplicó á la Señora la gracia de que conociese su error y que hi-

ciese una buena confesion de todos sus pecados. No se hizo sorda la Señora á las súplicas de su humilde siervo; y quiso mostrarle una señal clara y evidente por la cual conociese que habia aceptado sus plegarias y que le habia concedido el objeto de sus súplicas. Esta señal fué un prodigio admirable. La imágen que hasta entonces habia tenido los ojos bajos é inclinados al Niño que tiene en sus brazos, los levantó al cielo, quedando en esta postura que conserva despues de tantos años hasta el dia de hoy.

En el momento quedó trocado el corazon del pecador, pues que reconociendo su error, hizo llamar un sacerdote con el cual se confesó de todos sus pecados, haciendo una exacta declaracion de todos ellos acompañado con un verdadero arrepentimiento y dolor de corazon. Su familia que antes lloraba inconsolable por el temor de su perdicion eterna, quedaron sumamente consolados, viéndole morir en el seno de la Iglesia y con una muerte verdaderamente cristiana. Despues pasaron á la ermita y postrados ante la Santa Imágen le dieron las gracias por el gran beneficio que habia dispensado á su deudo.

Con la rapidez del rayo estendióse por toda Valencia y por los pueblos inmediatos el gran prodigio que á favor de aquel pecador habia obrado la Santísima Virgen y las muchísimas personas que acostumbraban á visitar la imágen en la ermita y que la habian visto siempre con los ojos bajos no pudieron menos de reconocer un doble prodigio al observar la nueva posicion en que se hallaba. Como es consiguiente aumentóse de un modo extraordinario su devocion y empezaron á distinguirla con el titulo que hoy conserva de Nuestra Señora del Milagro.

Veamos ahora como vino á Madrid esta Santa Imágen, que tanto culto recibe en nuestros dias.

El ermitaño de Valencia fué llamado por Dios á mejor vida. Conociendo su próximo fin declaró su última voluntad instituyendo por heredera de todos sus bienes, que á parte del rico tesoro que constituia la Santa Imágen, consistian en una arca vieja y una mula no menos vieja, á la Excelentísima Señora Doña Leonor de Borja, hermana del marqués de Lombay, cuarto Duque de Gandía, y despues de recibir los Santos Sacramentos, murió en el ósculo del Señor, con la muerte de los justos que es preciosa á los divinos ojos.

La piadosa heredera recibió con el mayor gozo de su corazon la hermosa imágen de la Santísima Virgen, y lo demas que constituian los bienes ó ajuar del ermitaño, al que en vida habia favorecido mucho por el alto concepto que sus virtudes le merecian. Desde luego dispuso colocar la imágen de Nuestra Señora del Milagro en su oratorio particular, y asi lo hizo, adornándola convenientemente. Jamás el palacio de Gandía habia poseido alhaja de mas valor, pudiendo decirse que con esta Santa Imágen entraron en aquella casa las bendiciones del Señor.

La muerte del santo ermitaño verificóse el año 1542, en cuya época entró la imágen de Nuestra Señora del Milagro en poder de la referida Señora Doña Leonor de Borja para llenar su casa de felicidad y de ventura.

Por aquella época tuvo lugar la conversion del gran Francisco de Borja, duque de Gandía, al que la Iglesia ha colocado en sus altares. Digno es de recuerdo y de especial memoria este hecho. La emperatriz Isabel era una mujer hermosa, que por sus bellas cualidades y los dones de la naturaleza que el cielo le concediera, habia arrebatado las atenciones generales, siendo amada de cuantos la conocian. La muerte vino á cortar los dias de su existencia, muriendo

en Toledo por los años de 1539. El duque de Gandía recibió y aceptó la comision de acompañar el real cadáver á Granada, donde debia ser enterrado. El acto de la entrega debia hacerse con las formalidades de costumbre y fué necesario abrir el féretro. ¡ Oh! ¡ qué espectáculo tan desengañador se presentó á los ojos de todos los que presentes se hallaban! El fétido olor que exaló el cadáver era suficiente á trastornar los sentidos. La que era admiracion de su corte por su belleza presentaba tan solamente un rostro lívido y disfigurado: aquellos ojos de penetrante y viva mirada se hallaban hundidos y sus lábios de coral habian perdido su anterior brillo. Tan desfigurada estaba, que todos aquellos cortesanos que tantas veces la habian contemplado como embebidos, apartaron su vista horrorizados sin atreverse á fijarla sobre aquellos áridos despojos de la muerte.

A nadie, sin embargo, causó tanta impresion como á Francisco de Borja que quedó como petrificado al lado del real cadáver contemplando la nada de las grandezas del mundo y la miseria de las criaturas. ¡ Qué queda de todos los honores mundanos! ¡ Qué duracion tienen todas las grandezas de la tierra!... Tales fueron las reflexiones que hizo el que era cabeza de una de las casas mas ilustres de España, y que brillaba al lado del trono sobre todos los altos dignatarios del Estado. La gracia llamó á su corazon: él supo corresponder á sus primeros impulsos y la gracia se aumentó progresivamente para hacer del duque un santo. Desde aquel instante formó el propósito de vivir alejado de las grandezas de la tierra, y de trocar sus galas por la sotana de los jesuitas, si Dios disponia de la vida de su esposa antes que de la suya.

Dios iba disponiendo los sucesos segun el orden admirable de su Providencia. El año 1546 fué llamada á mejor

vida la duquesa de Gandía. Francisco vió rotos los lazos que le unian al mundo y quedó en libertad de cumplir los propósitos que habia hecho el dia de sus desengaños. Sin embargo, le habian quedado ocho hijos y debia atender á su colocacion. Un breve pontificio impetrado por los hijos de Loyola, permitió al duque ingresar secretamente en la compañía de Jesus, permaneciendo por cuatro años en el siglo, tiempo que creia necesario para que dejase arreglados todos los asuntos de su casa y á sus hijos colocados suficientemente, para que no necesitasen en adelante de sus cuidados. Durante este tiempo el duque acudia con la mayor frecuencia á orar ante la Virgen del Milagro, y seguramente esta Señora le alcanzaria la firmeza en sus santos propósitos y aumentos de gracia para adelantar en la carrera de salvacion que habia emprendido. El que por su posicion social y por disfrutar abundantes bienes de fortuna habia brillado en la corte y disfrutado de sus placeres, anhelaba por el momento de dejar concluidos los negocios del arreglo de su casa para retirarse al cláustro, pues que mirando ya como otro Pablo, como basura las cosas de la tierra por ganar á Jesucristo, su única aspiracion y sus deseos estaban fijos en el cielo.

Por fin llegó el dia tan suspirado y Francisco de Borja hizo pública su resolucion de retirarse al cláustro. El gran arzobispo Santo Tomás de Villanueva le visitó, y con la caridad propia de un Prelado tan lleno de virtudes, no solo aprobó su resolucion sino que le exhortó á la perseverancia en sus santos propósitos. Once dias permaneció el arzobispo en casa del duque de Gandía, y desde el primero de ellos en que entró en el oratorio para celebrar el santo sacrificio de la Misa, vió el cuadro de Nuestra Señora del Milagro, á cuya Señora cobró la mayor aficion, en término de que no se